Asesinato por amor

J. C. de los Santos

Asesinato por amor

J. C. de los Santos

Avant
editorial

Primera edición, marzo de 2023
© J. C. de los Santos 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-19584-82-3
IBIC: FF
DEPÓSITO LEGAL:M-10696-2023

Preámbulo

Las luces del amanecer, proyectando sobre el suelo tempranas sombras, muy pronto irían adueñándose progresivamente del paisaje. La diurna claridad, penetrando por todos los rincones, acabaría consumiendo la oscuridad y despertando a los somnolientos ocupantes de la antigua casona reconvertida en un hotel rural

Susana abrió los ojos para, solo unos segundos después y desde el centro de la ancha cama, desperezarse con exagerados gestos. Extendiendo y estirando sus miembros, en amplios ademanes para deshacerse del entumecimiento matutino, abrió la boca en un exagerado bostezo. No había dormido demasiado bien. Apenas llevaba 48 horas hospedada en aquel lugar y ya, desde el primer día, llamó su atención aquel maduro espécimen masculino.

Solo su más íntima amiga podía localizarla ya que su estancia, en aquel apartado hotelito, respondía a la necesidad de huir,

aunque solo fuera por un corto periodo de tiempo, de la situación que Sergio había provocado.

«¿Cómo se le habría ocurrido la idea de proponerle matrimonio?», se preguntaba a sí misma.

Estaba satisfecha con la relación que mantenían. Quizás no era demasiado formal, pero a ella ya le estaba bien porque, a su criterio, ambos disponían de una libertad que la propia institución matrimonial coaptaría. Aunque comprendía la convencional necesidad de su amante para estabilizar la situación formando lo que, en su argot, llamaba una *familia tradicional*, con el objetivo de tener hijos. No tenía nada claro que, precisamente ella, fuera la elección más acertada para eso. Pero, si quería ser honesta consigo misma, tenía que reconocer que el ofrecimiento también le halagó. ¡Y eso le asustaba! No se sentía preparada para convertirse en una mujer casada y menos aún para tener descendencia. Aunque, por otro lado, ya tenía una edad y si esperaba más tiempo…, tal vez nunca se le volvería a presentar una ocasión como aquella. Lo que más le hacía dudar, aparte de otras inevitables renuncias a las que, por demás, no estaba muy predispuesta, era el hecho de relacionarse íntimamente, con absoluta libertad y sin remordimientos, con quien le viniera en gana. El exclusivo carácter de Sergio, para pasar unas horas, un fin de semana e incluso unas pequeñas vacaciones, era soportable.

«¡Pero otra cosa muy diferente sería aguantar sus manías y extravagancias de forma permanente!», pensaba.

Optó por alejarse una semana de la ciudad y dedicarse tiempo a sí misma, a respirar el aire puro de las montañas, a dejar que su mente olvidara momentáneamente la proposición y, quizás en los últimos días, replantearse las circunstancias y tomar una decisión que tenía todo el cariz de ser una negativa. Pero, a fuerza de

practicar muy asiduamente, olvidó que era excesivamente proclive y adicta al sexo. Cuando aquel apuesto y vigoroso maduro, de oscuros ojos tristes, tuvo la amable gentileza de llevarle un refresco mientras ella estaba junto a la piscina, tomando el sol y luciendo un diminuto bikini, no pudo dejar de admirar la bronceada piel y los torneados músculos del desconocido de quien, sin pensárselo demasiado, aceptó la invitación.

La cena discurrió en un impersonal y bastante vulgar restaurante de la cercana población donde, todo había que decirlo, tampoco la existencia de locales de restauración era para echar cohetes. El encuentro con Roberto, que así dijo llamarse el otro huésped del hotel rural, despertó en ella un apetito de aventura. Le encantaba el juego de la seducción y sabía jugarlo muy bien. Utilizó un arsenal de artimañas femeninas para atraerlo a sus redes, mientras la conducta del individuo no se apartaba de la más estricta caballerosidad. Ese comportamiento la enardeció. Cuando al salir del local le ayudó a colocarse un chal sobre los hombros, ella se movió sinuosamente con el propósito de que las varoniles manos rozaran su piel. Susana, en el camino de regreso, se colgó del brazo de Roberto permitiendo que, al caminar, con total intención de apariencia impremeditada, sus senos rozaran casual y repetidamente al varón. Al dar por finalizada la cita fue ella quien prolongó el beso de despedida y quien, con el inteligente empleo de sutiles miradas, equívocas palabras y convenientes caídas del tirante de aquel vaporoso modelito, elegido expresamente para la ocasión, promovió la proposición que finalmente obtuvo de Roberto. Consciente del lascivo ambiente inducido, y a sabiendas de que era ella, y no él, la responsable del calentón, le negó con una pícara sonrisa la posibilidad de

otro tipo de final para la velada, pero sin dejar esta contingencia totalmente cerrada.

—Por si cambias de idea —advirtió Roberto en un último y esperanzado intento—, dejaré mi puerta abierta esta noche.

Susana le dedicó una nueva sonrisa y estuvo, casi, a punto de ceder. Pero, muy a pesar de la excitación que la dominaba, no condescendió.

Pocos minutos después, ya en su habitación, se quedó profundamente dormida.

Despertó con la sensación de tener saciada la necesidad de sueño. La oscuridad, usurpada por la tenue luminosidad lechosa que se filtraba por la ventana, estimulaba su libido. Tenía mucho calor y se percató de que su torso, bajo las sábanas, transmitía el contorno de su desnuda morfología sobre la fina tela. La ligera transpiración, que adhería su piel al suave lienzo impregnándolo de su personal fragancia, demostraba la presión de la fogosidad que sentía. Bajó las manos hacia su vientre y continuó descendiendo para constatar la humedad en sus dedos. Se levantó, indolentemente, y separó más los postigos para contemplar, solo por un par de minutos, el hermoso plenilunio. Sin pensárselo dos veces, descalza y vestida tan solo con una amplia y colorida camiseta, salió sigilosamente al pasillo dirigiendo sus pasos hacia la habitación de Roberto. Se paró ante la puerta dispuesta a golpearla quedamente con los nudillos, pero, en vez de eso, decidió probar suerte y accionó la maneta que solo hizo un tenue sonido al franquearle el camino; él había cumplido su palabra de dejarla abierta. Con un cauteloso silencio se desplazó hasta situarse al lado de la cama y se desprendió de la camiseta. El hombre, que ya se había percatado de la femenina invasión,

despertó completamente, pero no hizo ademán alguno que delatara su vigilia. Susana lo observó unos minutos sintiendo crecer un intenso ardor en su interior. Se arrodilló junto al lecho y pasó su mano bajo la sábana. Muy lentamente empezó a acariciar la masculina constitución. En pocos segundos consiguió lo que buscaba: ¡la fuerte demostración de virilidad que le provocó una socarrona sonrisa! Roberto, que aún no había realizado ningún movimiento voluntario, sintió los labios de la inquieta mujer que acariciaban el escogido y erguido segmento corporal. Bastante sorprendido, dejó que ella continuara con sus sensuales ocupaciones. Para seguirle el juego hizo como si permaneciera en los brazos de Hipnos, mientras disfrutaba del tratamiento que Susana le ofrecía.

Por su parte la mujer perseveraba: sus labios acariciaban y succionaban las partes más sensibles..., ahora en un corto gesto..., ahora en un profundo movimiento que llevaba hacia lo más hondo de su garganta el sabor masculino. Roberto estaba a punto de estallar cuando Susana abandonó el trabajo que estaba ejecutando para desplazar su labor sobre zonas anexas más esféricas, describiendo círculos concéntricos. Ahora grandes..., ahora más pequeños. A los pocos minutos la tensión que sufrían los femeninos senos, que se transcribían en la erguida tirantez de los pináculos centrales de sus areolas, era voluptuosamente deliciosa. No pudo resistir más, sabía que él estaba ya bien despierto y que jugaba a hacerse el dormido, pero eso no le molestó, por el contrario, aún la animó más. Subió a la cama y sin más preámbulos, a horcajadas sobre él, lo hizo penetrar dentro de ella; sintió una atávica sensación de lujuria. Estaba demasiado excitada para seguir despacio, ansiaba llegar al clímax y experimentar cómo sus sentidos se perdían en una conmoción orgásmica. Aceleró

sus movimientos, como si quisiera cabalgar sobre el viento, al advertir dentro de ella la inminente culminación; estaba próxima. Redujo la velocidad para gozar de la profundidad…, ya llegaba. La imperiosa conclusión enderezó su columna vertebral y electrizó su nuca. De repente, al inicio del orgasmo, notó cómo Roberto, que sujetaba firmemente sus pechos con ambas manos, dejaba dentro de ella toda la esencia viril. Uno..., dos…, tres palpitantes estremecimientos que ella notó con complacencia, uno a uno. Fuertes y recónditas salpicaduras que, amplificando su placer, convulsionaban toda su femenina anatomía zarandeándola con vibrantes y violentas sacudidas… ¡Y se hizo la oscuridad!

No sintió dolor… Inmersa aún en el anestésico y concupiscente efecto, no tuvo tiempo de reconocer el atroz y despiadado golpe que abrió su cráneo. El impacto infractor, haciendo saltar esquirlas óseas de su occipital, desplazó violentamente su cuerpo hacia adelante, esparciendo partículas de su masa encefálica. Materia orgánica proyectada que posteriormente descendería, lánguidamente, configurando una acuosa y delgada huella blanquecina y pegajosa por el cabezal de la cama. El traumatismo, responsable de la sangrante herida que teñía de rojo su hermosa cabellera, quedaría por siempre ignorado para ella misma; ¡oculto y solapado, arrebatándole la vida bajo la delectación del éxtasis!

I

Semana 1: lunes

—¡No se puede pasar! —Un agente uniformado le impedía el paso.

El inspector jefe, Antonio Robledo, olvidó que no era conocido en esa zona geográfica. Solo hacía cuatro días que estaba alojado muy cerca de allí. De hecho, no estaba de servicio y disfrutaba de un permiso de dos semanas. Pero la llamada de José María Martínez, comisario en jefe al que le unía una antigua amistad, pidiéndole el favor de que, sin pérdida de tiempo, se personara en ese lugar y le pasara sus impresiones con urgencia, rompía su descanso. Aunque, para ser sincero consigo mismo, ya empezaba a aburrirse de tanto bucolismo rural y paisajes campestres. Solo diez minutos después de la conversación telefónica ya lo esperaba un coche para llevarlo al lugar de los hechos.

Enseñó su credencial al agente que, aún vacilante, le franqueó el paso. En el vestíbulo le esperaba un jovencísimo mozo embutido en un discreto traje gris.

—¿Es usted el inspector Robledo? —Antonio lo miró con atención, era tan joven como él mismo cuando empezó.

—Efectivamente —le contestó con una media sonrisa.

—Subinspector Víctor García —se autopresentó.

Notó cómo relajaba su actitud y casi se cuadraba militarmente.

«Recién salido de la academia», pensó el inspector jefe.

—¿Qué tenemos…? —le preguntó.

—Acompáñeme, por favor.

Antonio lo siguió, primero hasta las escaleras ya que no tenían ascensor y después hasta la puerta de una habitación del segundo piso. Durante el trayecto observó cómo el subinspector apuntaba en su libretita: 12 horas y 15 minutos.

—Dos cadáveres —anunció García—: una mujer y un hombre.

El inspector no dijo nada, pero lo interrogaba con la mirada mientras, con sumo cuidado y las manos en los bolsillos, entraba muy prudentemente en la habitación.

—La mujer se llama…, se llamaba —corrigió enseguida el subinspector—, Susana González y estaba alojada en esta misma planta, pero en otro cuarto.

—Así que no estaban juntos —inquirió Robledo—, quiero decir que no compartían la misma habitación.

—No, no parecían tener ninguna relación entre ellos. —Obtuvo como respuesta—. Por lo menos no era esa la impresión que le dio al gerente. Según ha declarado, ella llegó cuando él ya estaba aquí.

Observó primero a la mujer y después al sujeto. Varón, moreno, de pelo ensortijado al que le calculó una altura de metro ochenta. Cuarentón, y con un físico envidiable, se le notaba el típico aspecto de haber tomado recientemente el sol. Su cadáver, desnudo y con los ojos medio cerrados, permanecía aún bajo el peso de la mujer y ligeramente desplazado hacia un lado. Una herida por arma de fuego, en su costado izquierdo, tenía toda la pinta de ser la causa del óbito. Reconoció enseguida los efectos de un tiro a bocajarro. No tenía duda en el caso de la hermosa hembra: traumatismo craneoencefálico.

—Nadie ha tocado nada —explicó el subinspector.

Robledo había detenido la mirada en el impacto del proyectil sobre el torso izquierdo del sujeto.

—Creo que le han disparado a quemarropa —anunció García.

—Este tiro no es a quemarropa —lo corrigió el inspector con la suficiencia justa que suele proporcionar la experiencia—. Fíjate mejor —procedió a tutear al subinspector—, es una herida estrellada y la piel está ennegrecida en sus bordes, lo que significa que el arma tocaba, literalmente, la piel.

El joven policía observó con atención la herida.

—Si el arma hubiera sido disparada a cierta distancia, pero muy cerca —prosiguió Robledo en docto tono—, presentaría una herida ovalada o circular y en la piel podríamos ver el efecto de la quemadura.

—Como una especie de tatuaje —recordó García.

—Efectivamente —corroboró el inspector—. ¿Qué sabemos del tipo?

—Al parecer, según el registro del hotel, se llama Roberto Alcázar.

—¡Y Pedrín! —bromeó Antonio, haciendo referencia a la famosa novela gráfica creada en los años cuarenta. Precisamente el que fuera el cómic favorito de su adolescencia, lo que hacía difícil que el subinspector García, por su edad, estuviera al cabo de la calle de su existencia.

—¿Lo conocía usted?

La sonrisa que dibujaron los labios del inspector duró solo unos pocos segundos.

«Es muy joven para entenderlo», pensó.

—No —anunció con seriedad—. Pero me apuesto contigo una cena a que ese nombre es falso.

García no comprendía el significado de las palabras del inspector, pero cumplió sus indicaciones. Como nadie más ocupaba ese piso, lo precintó y puso un guardia para impedir el acceso de personas ajenas a la investigación. Además, también por indicación del inspector Robledo, dispuso la búsqueda del arma por los alrededores.

Antonio descendió por las escaleras sintiendo una punzada en la rodilla izquierda.

«La edad no perdona», dogmatizó mudamente.

—Disculpe. —Un individuo, en mangas de camisa y perfectamente afeitado llamó su atención—. Soy Jesús Ferrer, el propietario y gerente.

Era evidente la pretensión de noticias del sujeto. Ferrer… ¿por qué le sonaba tanto ese apellido?

—De momento no podrá hacer servir la planta —se adelantó a sus preguntas—. Podría decirme quién encontró…

—La gobernanta, la señora Carmen Herrero. Es ella quien los vio cuando hacía las habitaciones.

—Le he dicho que esperara en el salón. —El subinspector se les unió, dándole explicaciones al inspector.

—¿Hay alojada alguna persona más?

—No —respondió el gerente—, todos marcharon el domingo y no esperamos a nadie hasta el próximo viernes. Solo quedaban ellos dos.

—Anoche —consideró Antonio con intención de asegurarse plenamente—, ¿solo estaba alojada la pareja…?

—Así es, solo quedaban ellos.

—¿Y el personal de servicio?

—Con tan poquísima clientela, y dado que yo tenía cita en hacienda a primera hora de la mañana, Carmen se hizo cargo de todo.

—¿Eso quiere decir que, en el edificio, solo estaban los finados y la gobernanta?

—Así es, inspector… ¿Usted cree que el viernes podré recibir nuevos huéspedes?

—Pues le voy a ser franco, señor Ferrer. —«¿Por qué me resulta tan conocido ese apellido?», insistía en su duda—. No podría decírselo con total seguridad, pero procuraré darle noticias al respecto lo antes posible.

—Discúlpeme —insistió el propietario—, pero hace poco que he hecho reformas y como he tenido que cerrar una temporada…, sin clientes…

—Lo entiendo, pero tenemos que seguir el procedimiento.

—¿Quiere hablar ahora con la testigo? —terció el subinspector.

—Sí —afirmó Robledo—. Y después también quiero hablar con usted, señor Ferrer —le dijo al gerente.

«Ese apellido…, ese apellido…». Su intelecto se esforzaba en encontrar la respuesta. «¿Por qué me resulta tan familiar?».

La conversación con la señora Herrero no fue muy alentadora:

—¿Dónde se encontraba usted durante la noche? —Carmen parecía no comprender la pregunta—. Quiero decir —aclaró Robledo—, si pasó la noche en algún lugar concreto del hotel.

—Sí —respondió la gobernanta—, cuando me quedo aquí, por la noche, acostumbro a estar en el despachito de la cocina, así voy adelantando faena.

—¿Puede contarme…?

—No faltaría más, señor inspector. —La buena mujer no necesitaba mayores explicaciones—: A las once menos diez de la mañana, pensando que no había nadie en la habitación, me encontré con…, bueno, usted ya me entiende… Grité y, si mal no recuerdo, bajé corriendo.

Antonio tomo nota mental:

«Ver el despachito de la cocina».

Quería conocer la ubicación del lugar y su relación con el resto de la edificación.

Tampoco el señor Ferrer fue de mucha ayuda: había llegado a las nueve y media, tomó un café rápido con la gobernanta y se fue al despacho de recepción. Al sentir el alboroto subió deprisa las escaleras y, al ver la causa de los gritos de su empleada, llamó a la policía.

—¿Los conocía de alguna vez anterior? —inquirió Robledo dirigiéndose al gerente.

—¡No! —reveló Ferrer con rotundidad—. No conocía a ninguno de los dos, era la primera vez que los veía. Él hombre llegó la noche del jueves de la semana pasada y ella el sábado.

Nada me hizo sospechar que se conocieran; de hecho, creo que se vieron aquí por primera vez.

—¿Cómo llegaron?

—Los dos llegaron en taxi.

—¿Recuerda algo más?, ¿si venían solos en el vehículo o algo por el estilo?

—Sí, solos, menos el conductor que, por cierto, no era el mismo en las dos ocasiones.

—¿Se fijó en eso por algo en particular?

—Solo que…, bueno que supongo vinieron directamente desde el tren, porque los vehículos llevaban una pegatina de autorización para entrar en una zona reservada de la estación. Yo mismo he usado esa compañía de taxis más de una vez.

Agradeció Robledo la información y, cuando ya parecía que había dado por concluida la conversación, le preguntó por un detalle:

—Otra cosa… ¿el nombre del sujeto…?

—Lo copié de su documento de identidad.

Igual se equivocaba y tendría que pagarle una cena a Víctor.

—Acaban de llegar el señor juez —anunció el subinspector—, lo acompañan el forense y los de la científica.

—¡Hostias Antonio! —exclamó el patólogo—. ¿Pero tú no estabas de vacaciones?

—Estaba, Luis —reconoció el inspector al médico forense, a quien unía una larga amistad—. ¡Estaba!

—Pues no hay derecho a que…

—No te embales, que de momento solo estoy echando una manita.

—¿Una manita? ¿Una manita, dices? ¡Ya verás cómo te endilgan el muerto!

—Los muertos querrás decir —le corrigió mientras estrechaba la mano del juez al que conocía de vista.

—¿Cómo que *los*? —reseñó Luis el pronombre.

—Porque son dos.

—¡Maldita sea mi estampa! Encima la faena es por duplicado… y a la hora de la merienda. ¡Mierda!

—¿Cuándo me podrás decir algo?

—No seas toca pelotas, primero tendré que ver qué es lo que hay, ¿no te parece?

—Me parece. —Rio Antonio—. ¡Me parece!

—¿Este sitio tiene bar?

—¿Ya quieres que te invite a una copa?

—¡No! Aún no. Te invito yo, pero cuando termine.

—Pues aquí te espero.

—¿No vienes?

—Subo en un par de minutos, Luis.

«Ahora, lo que toca, es informar al comisario Martínez», decidió Robledo con actitud reflexiva. Y entonces lo recordó: «¡Coño! ¡Ferrer es el segundo apellido del comisario jefe».

La llamada telefónica fue corta, de forma sucinta y precisa le expuso la situación a su íntimo amigo. Nada le comentó sobre sus sospechas del apellido del gerente.

«Igual es solo una casualidad y meto la pata».

Pero algo le decía que allí había gato encerrado, el equipo forense y el juez habían llegado con suma premura.

«No es normal que todo vaya tan deprisa».

—Espera a ver qué dice el forense —le contestó Martínez— y hazme el favor de llamarme de nuevo para explicármelo.

Nada más colgar el teléfono el subinspector le presentó los documentos de identidad de los finados.

—¿Los has mirado bien? —le preguntó Antonio mientras les echaba una ojeada.

—Sí —afirmó el subinspector—, y me parece que este… —le tendió el del hombre.

—¡Es más falso que un diente postizo de madera! —concluyó la frase el inspector.

—Pero…

—Tienes razón, Víctor —interrumpió su exposición—, está muy, pero que muy bien falsificado.

—Le pago la cena —sonreía el subinspector—, si me explica cómo lo sabía.

—De acuerdo, te lo aclararé mientras cenamos. —Antonio le devolvió una mueca divertida—. Ahora, ¡vamos a ver qué se cuece por allí arriba!

II

Semana 1: lunes, tarde

La habitación era un hervidero de actividad: se tomaban fotos, se buscaban huellas y se analizaba cualquier otro indicio de interés policial.

El forense, en un rincón y enfrascado en un bloc de notas, se rascaba la cabeza. Levantó la mirada y vio a Antonio que, junto a Víctor, observaba desde la puerta las evoluciones de los técnicos. No entraban para no entorpecer sus movimientos. Era un comportamiento de respeto profesional que su amigo, el inspector Robledo, solía tener habitualmente en espacios tan reducidos. Se reunió con ellos en el pasillo.

—Marisa —llamó el patólogo la atención de la experta fotógrafa—. Hazme un primer plano de las heridas de bala, por favor.

—Ya las tengo, Luis— le respondió saliendo también de la habitación.